

# La Semana Ilustrada

Año I.

Redacción: Marqués de la Ensenada, 8.  
Administración: Mesonero Romanos, 31.

Madrid 18 de Mayo de 1907

Número suelto: 10 céntimos.

Núm. 3.

## POR ODIO Á LA VACUNA



SALVAJE MARTIRIO DE UN MÉDICO

Ayuntamiento de Madrid



## NUESTRAS PLANAS EN COLOR

Salvaje martirio de un médico.

En Tauchs-Lean-Red, según telegrafían de Nueva York, ha sido asesinado Mr. Jenneand, un joven médico alemán, que estaba al servicio del comité directivo de la colonia.

Los asesinos han dado pruebas de una brutalidad, una crueldad y un salvajismo verdaderamente increíbles.

Mr. Jenneand, por orden del comité, estaba vacunando a los obreros, negros en su mayoría. Comenzaron éstos a sufrir las molestias propias de la vacuna, y algunos, los más ignorantes, propalaron la absurda especie de que los vacunados morirían, porque se les inyectaba veneno a fin de que falleciesen, disminuyendo de este modo el personal que paga la compañía.

Esta ridícula idea encolerizó de tal modo a los negros, que buscaron, ansiosos de venganza, a Mr. Jenneand; le sorprendieron al salir de las oficinas, y, amordazándole, le llevaron a un bosque próximo.

Allí, después de golpearle bárbaramente, le amarraron a un árbol con un cable de hierro de los que se emplean en la tracción de las vagonetas del ferrocarril Decauville, que presta servicio en la fábrica, y comenzaron a herirle con sus lanzones, cuidadosamente, con habilidad de verdugos, procurando que las lesiones fueran más dolorosas que graves, para prolongar el suplicio del desdichado.

El alemán, comprendiendo que su muerte era inevitable, dió pruebas de un valor asombroso, y ni pidió misericordia a los salvajes inquisidores, ni discutió con ellos, ni dejó escapar una queja.

Los vacunados, que se distinguían por su rabiosa ferocidad, sacaronle los ojos, le cortaron los dedos, le rayaron el vientre y le infirieron mil puñaladas en los brazos, mientras la horda, embriagada a la vista de la sangre, aullaba:

—¡También nosotros sabemos vacunar!

Un lanzazo piadoso atravesó el pecho de Mr. Jenneand, y así terminó el martirio de esta nueva víctima de la ignorancia.

## Solemne apertura de las Cámaras.

El acto de inaugurar sus tareas un nuevo Parlamento, solemne siempre, porque marca—o debía marcar—una orientación distinta en el gobierno del país, lo ha sido más ahora por los problemas realmente graves que han de estudiar las Cortes recién nacidas.

La fuerte representación que han conseguido los elementos antidinásticos; la importancia indiscutible del movimiento solidario, y la abstención del partido liberal, que niega su concurso al Sr. Maura, rehusando toda clase de responsabilidades, hacen difícilísima la situación del Gobierno.

Desde la restauración hasta la fecha, no ha habido en España Cortes más interesantes. Con su obra, buena o mala; con las habilidades o con las torpezas de los que en ellas figuran, quizás la vieja Olio pueda tejer uno de los más amenos capítulos de nuestra historia.

## Las tragedias de la locura.

En Manreilles, pueblecito situado cerca de Perpignan, desarrollóse hace unos días un drama que ha consternado a toda la región.

Luis Brioude, un comisionista marseillés que había ganado a fuerza de constancia una modesta fortuna, contrajo matrimonio en Manreilles y abrió un pequeño establecimiento. La fortuna no le fué propicia, y Brioude, después de luchar algún tiempo, traspasó la tienda a uno de sus cuñados. Desde entonces, nadie le vio sonreír. Grave, ceñudo, evitaba encontrarse con sus antiguos amigos, y más de una vez le

sorprendieron en los alrededores de la población, dialogando con invisibles personajes, á los que acusaba de su ruina.

Su monomanía acentuóse, hasta que se convirtió en locura; pero como Brioude era un loco pacífico que jamás molestó á nadie, se le trataba en el pueblo con respetuosa compasión.

Pasaba horas enteras en la iglesia, rezando entre dientes, y en su sitio preferido, en un rincón del coro, le vieron poco antes de ocurrir el tremendo suceso.

Fué en misa mayor. El sacerdote acababa de consagrar y los fieles oraban, cuando una gran voz rompió el silencio.

—¡Ladrones! ¡Sois unos ladrones!

Y aún no se había repuesto la gente de su sorpresa, cuando Brioude, en un acceso de locura furiosa, se puso de un brinco en la nave central, empuñando un revólver, y antes de que hubiesen pensado en contenerle, hirió de un balazo en el pecho al sacerdote oficiante, y le destrozó la cabeza á una pobre anciana.

El pánico fué inmenso. La gente arremolinóse junto á las puertas, buscando la salida, y Brioude, que siguió disparando, hirió á dos personas más. Por fin, algunos hombres resueltos le sujetaron, y el pobre demente fué entregado á las autoridades que hubieron de protegerle para que no le destrozara la colérica multitud.



A Toribio le deja sin cuidado la política; sobre todo la política española.

Así es que sacó la lengua con olímpico desdén á las reuniones previas de nuestras fracciones parlamentarias, y sintió mucho no poder sacarles, también, la lengua á los oradores que en ellas actuaron.

De modo que, mientras España entera ha devorado estos días todo el farrago de las informaciones políticas de los periódicos, el bueno de Toribio se ha ido, tranquilamente, á la Exposición de automóviles en uno de esos *auto-ómnibus* nuevos que acaban de ponerse en circulación en Madrid, y cuyo establecimiento constituirá la página más gloriosa de las gestiones del Sr. Sánchez de Toca en la Alcaldía, precisamente porque en el asunto no ha tenido ni arte, ni parte.

Como hará imperecedero el recuerdo de las gestiones del Sr. Dato el cartelito de *Llevar la izquierda* colocado en las grandes vías, y que á Toribio no le ha

parecido muy sintáxico, pues el imperativo, aunque se trate de las Ordenanzas municipales, que no es un imperativo categórico, se escribe *llevar* y no *llevar*.

¡Quién sabe si, por este defecto gramatical, no le han tomado los cocheros al pie de la letra!

A Toribio, más que por nada, le seduce la Exposición de automóviles porque no entiende ni una palabra de mecánica.

¿Dónde hay mayor diversión que pasarse las horas entre cosas desconocidas?

Toribio es de los que sin saber del Ajedrez ni siquiera la marcha del juego, se está las horas muertas presenciando los lances de una partida.

¡Figúrense ustedes lo que se divertiría en la Exposición entre aquel maremagnum de artefactos para el totalmente nuevos!

Cada reclamo de casa constructora que le salía al paso, era para Toribio artículo de fe.

Modelo adquirido por el rey de Portugal—decía un letrero—, y Toribio miraba á las ballestas para si tenían toda la solidez necesaria para sobrellevar el enorme peso de la augusta humanidad lusitana.

Coche destinado al emperador de Alemania—leía en otro Stand, y se quedaba absorto contemplando aquellos mullidos asientos en que ha de arrellanar sus imperiales posaderas el terror de Europa.

Tentado estuvo de apalabrar la compra de un coche solo por el gusto de que la gente leyese: *Landeaulet adquirido por el Sr. Toribio*.

Toribio veía los automóviles desde otro punto de vista muy diferente que los deportistas y los adinerados.

Veía en ellos la redención del caballo. Dentro de medio siglo—se decía—los caballos se habrán convertido en caballos de vapor, ó, lo que es lo mismo, se habrán evaporado.

¡Cuándo se inventará un mecanismo que valga por treinta ó cuarenta hombres!

¡Cómo se simplificarán los ejércitos, el personal de las fábricas, de las oficinas!

Por supuesto que en España no se notarían los efectos del invento, porque no estaríamos los hombres más de sobra que estamos ahora.

¡Cuarenta hombres en una pieza! ¡Qué felicidad para algunas mujeres!

¡Cuarenta mujeres en un mecanismo! ¡Qué desgracia para todos los hombres!

E indudablemente la mecánica tiende á substituir todas las fuerzas vivas.

Estas y otras muchas consideraciones sugirió al buen Toribio la Exposición de automóviles.

Al regresar de ella se encontró con un coche fúnebre.

He ahí—se dijo—el verdadero automóvil, el que más corre, el que bate el record de las distancias.

Nos lleva de la Vida á la Nada, que es el mayor record que puede hacer el hombre.

EL SASTRE DEL CAMPILLO

## UN NEGOCIANTE DEVORADO POR LAS HORMIGAS



De la población de Riom (Francia) desapareció hace dos meses Jean Laurent, rico contratista de piedra para los pavimentos de París.

Sus negocios le llevaron al inmediato pueblo de Volvic, que dista de allí unos ocho kilómetros, y donde hay ricas canteras de piedra volcánica; su familia no volvió á tener de él noticias, y fueron inútiles cuantas pesquisas se hicieron, lle-

gando á creerse que había sido víctima del robo, pues llevaba consigo ocho mil francos.

Hace días fué encontrado su cadáver en el bosque del Cráter por unos campesinos que se apresuraron á dar parte del triste hallazgo á la justicia.

Del cuerpo de Laurent no quedaban más que los huesos y las vestiduras que le cubrían; el resto había sido devora-

## COPLAS DE LA SEMANA

por UN REPÓRTER

## CRONIQUELLA

SABEMOS de sobra, queridos lectores, que el lunes pasado se abrieron las Cortes, lo cual que parece decir que se rompen igual que sandías ó igual que melones, flor, nata y espejo de los picadores que nos solazaron por aquel entonces en que éramos niños y en que éramos jóvenes.

¡Ah! *Quantum mutatus ab illo*, señores! Ya no hay Agujetas, ya no hay Calderones, no siendo las pocas que sufren los *jockeys*, no siendo los muchos que dan los tenores...

*Sic ille ad astra...* La gloria del hombre es ave que vuela y es auto que corre; no es fuente que nunca se seque ó se agote; no es fuego tampoco de eternos fulgores; no es campo florido que nunca se agoste: la gloria se pierde lo mismo que el *coci*...

La clásica frase de *O tempora! o mores!* en tiempos mauristas se afianza y se impone. ¿Y á qué recordarnos aquello de *Nosce te ipsum*, si ahora «ni Dios» se conoce?

¡Cuán grande es la ineptia de todos los hombres! ¡Qué atroz la ignorancia de los españoles!

Sabemos tan solo, queridos lectores, que el lunes pasado se abrieron las Cortes; mas ¡ay!, no sabemos (no hay quien no lo ignore) si serán de mangas ó de capirotes...

En la calle del inclito Mesonero Romanos ha muerto un pobre cómico por culpa de un borracho.

¡Tened con los *curdibilis* muchísimo cuidado, que—por motivos fútiles—ireis al otro barrio!

De la vida noctámbula son, los placeres, caros; ¡que, entre las hembras fáciles y los bauleros *guapos*, en esta modernísima Corte de los Milagros, no hay nadie que esté incólume, ni quien se encuentre á salvo de que en las calles céntricas le «endiñen» un pinchazo, de que en la vía pública le den ó quiten algo!

¡Igual son allí *atradas* las vidas que las manos!

Lector: ¡no semos «niente», ni valemos dos cuartos!...

Ya llegan los trenes plagados de «isidros», pues son una plaga que ni las de Egipto.

Con los personajes que el género chico llenaron de gloria, de honor y de brillo y fueron la base de escenas y tipos tan regocijados y tan divertidos, retornan los tiempos de «ganchos» y «tímos»...

Mas ya no son sólo los cándidos hijos de Villazopencos ó Vitigudino los que hoy día ocupan la plaza de *primos*.

Los tiempos progresan de un modo infinito, y aún no hace ocho días de Italia han venido dos *socios* buscando negocios ilícitos.

¡Y á poco se vuelan, «por mor» del *lirismo* de creer que son liras y duros lo mismo!



## ESPANTOSO SUPPLICIO

## UNA MUJER ENTERRADA VIVA

ESTAS macabras equivocaciones se repiten con una frecuencia que pone espanto en las almas mejor templadas. Periódicamente, recoge la prensa



MADAME ESCOUBET

sucesos de esta índole, que son comentados con horror por el público. Unas veces son producidos por la ligereza ó por la ignorancia; otras veces, las causas productoras son la perversidad y la audacia, puestas al servicio de la ambición ó del odio.

La tragedia que narramos á continuación ha sido compuesta por la casualidad. En ella no hay criminales; la víctima se ha rendido al empuje de su adversa suerte.

El hecho ha ocurrido en Sarbazan, pueblo situado en el cantón de Roquefort. Madame Escoubet, una mujer de treinta años, saludable, vigorosa, tan lozana como enérgica, fué súbitamente acometida por una misteriosa enfermedad. Tenía fiebre, deliraba, sufría agudísimos dolores que la hacían retorcerse, aullando de desesperación. Calmábase, y pasada la violencia terrible de los ataques, parecía que iba á recobrar la salud. Traínaba en la casa, cuidaba de su hacienda, paseaba animosa, fortalecida por la esperanza; pero de nuevo volvía la fiebre y sentíase otra vez atarazada por el dolor. El médico ignoraba la naturaleza del mal, y el 25 de Abril, alarmado por la postración de la enferma, solicitó una consulta y expuso el caso á dos de sus compañeros, que fueron avisados por la familia.

Estos aprobaron cuanto se había hecho y trazaron un plan curativo. Marcháronse, y cuatro días después fueron llamados con urgencia. Madame Escoubet estaba gravísima. Debían ponerse inmediatamente en camino. Hicieronlo así; mas al llegar á Sarbazan la enferma había muerto.

El 2 de Mayo, un vecino del pueblo, el labrador Carlos Durand, quiso poner unas flores en la tumba de su hija, y al caer la tarde dirigióse al cementerio. El enterrador, que había estado limpiando de hierbas y matojos los senderos, retirábase ya; pero entretegió las llaves á Carlos, y el buen hombre pudo depositar suplicada ofrenda.

Sentado y fumando vió desfilár placidamente las horas, y al anochecer, incorporóse para retornar á su domicilio, cuando creyó oír ruidos sordos, quejas ahogadas, gemidos lejanos. Avanzó algunos pasos, temblando de emoción, y oyó más distintamente los ruidos, que brotaban de las profundidades de la tierra. Entonces se fijó en una fosa que no había sido cubierta por completo, aproximóse á ella, y cerciorándose de que alguien golpeaba y sollozaba y rugía bajo el terreno, donde marcábase aún con

vigoroso relieve las huellas de la pala, huyó enloquecido de espanto.

La impresión fué tan horrible, que Durand recorrió el camino exhalando gritos de terror, como si le persiguieran legiones de espectros, y apenas transpuso las puertas de la alcaldía, se desplomó accidentado.

Auxiliáronle con la inquietud natural, y el asombro de las alarmadas autoridades subió de punto, al escuchar el fantástico relato del labrador.

—En el cementerio—dijo al terminar—hay una persona viva. He oído sus lamentaciones, sus gritos, sus sollozos.

La extraordinaria afirmación fué acogida con gestos compasivos, y algunos pensaron que Durand, tal vez por la pena lancinante que le produjo la muerte de su hija, había sufrido una alucinación.

—Vamos, señor Carlos—exclamó el alcalde—, tranquilícese usted. Esos gritos los ha oído usted de noche, ¿verdad?

—Al obscurecer.

—Y quién le manda estar á esas ho-

ras?... Son imprudencias, querido. Usted vive amargado por ciertos recuerdos. Se escarba usted en la herida, ¿y ¡claro!, cree ver en todas partes á la infeliz que perdió.

—Pero si no he visto á nadie...

—Bueno; la oído usted.

—A mi hija, no; he oído una voz, no sé si de mujer, ó de hombre, ó de niño... He oído una voz, unos golpes, unos arañazos. ¡Los he oído!

Esta insistencia provocó algunas sonrisas medio piadosas, medio burlonas, y al retirarse el viejo comentaron su aventura, bromeando.

—Cosas de la edad. Convenza usted al

pobre hombre de que estaba soñando.

—Como que está enfermo del susto.

El suceso, corregido y aumentado por los comentaristas, que lo enriquecieron con interesantes episodios, circuló por el pueblo, y aquella noche en los corros callejeros, en las tertulias burguesas, en los cafés y en las tabernas de Sarbazan, no se habló más que de apariciones, muertos resucitados, trasgos, duendes y brujas, y muchas comadres visitaron á Durand, interrogándole ansiosas.

—Diga, padre Durand, ¿no echaba fue-

go por los ojos el aparecido?

—No era blanco, blanco, con las manos uñilargas y la calavera pajiza?

—No sé; no lo he visto. He oído una voz.

—Pero, entonces...

—Una voz. Nada más. No sé más.

A la mañana siguiente repitióse la escena de la entrada emocionante en la alcaldía. Pero esta vez no fué Durand el que invadió aterrado el despacho del al-

calde; fué el enterrador, que llegó jadeante, lívido, con los ojos desecados y que confirmó cuanto había dicho el viejo.

—Es madame Escoubet. Está arañando, se la siente llorar...

Hubo un momento de silencio.

El alcalde, mudo de estupor, solicitado por mil ideas distintas, vacilaba no sabiendo qué resolución adoptar. De pronto levantóse indignado.

—Pero usted, miserable, ¿gritó,

¿por qué no la ha socorrido? ¿No comprendo usted que, al huir estúpida-

mente, ha cometido un asesinato?

—Un horrible asesinato!

—Que me prendan, señor alcalde. Pero no pude, no tuve valor. Yo nunca he visto que una persona que ha muerto, como

un asesino...

—Que me prendan, señor alcalde. Pero no pude, no tuve valor. Yo nunca he visto que una persona que ha muerto, como

un asesino...

—Que me prendan, señor alcalde. Pero no pude, no tuve valor. Yo nunca he visto que una persona que ha muerto, como

un asesino...

—Que me prendan, señor alcalde. Pero no pude, no tuve valor. Yo nunca he visto que una persona que ha muerto, como

un asesino...

—Que me prendan, señor alcalde. Pero no pude, no tuve valor. Yo nunca he visto que una persona que ha muerto, como

un asesino...

—Que me prendan, señor alcalde. Pero no pude, no tuve valor. Yo nunca he visto que una persona que ha muerto, como

un asesino...

—Que me prendan, señor alcalde. Pero no pude, no tuve valor. Yo nunca he visto que una persona que ha muerto, como

un asesino...

—Que me prendan, señor alcalde. Pero no pude, no tuve valor. Yo nunca he visto que una persona que ha muerto, como

un asesino...

—Que me prendan, señor alcalde. Pero no pude, no tuve valor. Yo nunca he visto que una persona que ha muerto, como

un asesino...

—Que me prendan, señor alcalde. Pero no pude, no tuve valor. Yo nunca he visto que una persona que ha muerto, como

un asesino...

—Que me prendan, señor alcalde. Pero no pude, no tuve valor. Yo nunca he visto que una persona que ha muerto, como

un asesino...

—Que me prendan, señor alcalde. Pero no pude, no tuve valor. Yo nunca he visto que una persona que ha muerto, como

un asesino...

—Que me prendan, señor alcalde. Pero no pude, no tuve valor. Yo nunca he visto que una persona que ha muerto, como

un asesino...

—Que me prendan, señor alcalde. Pero no pude, no tuve valor. Yo nunca he visto que una persona que ha muerto, como

un asesino...

—Que me prendan, señor alcalde. Pero no pude, no tuve valor. Yo nunca he visto que una persona que ha muerto, como

un asesino...

—Que me prendan, señor alcalde. Pero no pude, no tuve valor. Yo nunca he visto que una persona que ha muerto, como

un asesino...

madame Escoubet, arañe y grite... No he visto eso jamás.

—A ver, el médico; que avisen al médico; que cojan una camilla, y andando



EL LABRADOR DURAND

La noticia corrió por Sarbazan con la velocidad de una centella, y centenares de criaturas siguieron á las autoridades, encaminándose al cementerio.

Durand censuraba enérgicamente á las autoridades:

—No quisieron creerme, y ya veis. Esa infeliz, que Dios sabe cuánto tiempo llevará aguardando nuestro socorro, ha estado abandonada una noche más. ¡Pero como yo soy un viejo loco para el señor alcalde!

El enterrador no cesaba de repetir su historia:

—Yo estaba arrancando hierbas, junto á la sepultura de Lucía Durand. De pronto, á unos metros, en la tumba de madame Escoubet... ¡No quiero acordarme!... Una especie de gruñido, como si uno quisiera gritar con la boca llena de tierra... Un pataleo torpe, como si uno quisiera golpear estando amarrado...

La exhumación hizo rápidamente, y el espantoso error quedó demostrado. Al romper la tapa del ataúd, un espectáculo horrible arrancó á la multitud gritos de compasión. Madame Escoubet, al ser reconocida por los médicos, sufría un ataque de catalepsia, que había suspendido en su organismo todas las manifestaciones de la existencia, y sus pulmones no funcionaban, ni latía su corazón. Diéronla por muerta, y fué enterrada antes de que se recobrase de su estado letárgico.

Cuando volvió á la vida, encontróse envuelta en un sudario, encerrada en un féretro, bajo un pie de tierra, y su desesperación debió de ser inmensa. Primeramente gritaba hasta enrojecer, con la esperanza de que oyeran sus voces, como ella oía los pasos del enterrador y sus golpes de azada, y sus alegres canciones. Después, excitada hasta la locura, golpeaba con pies, cabeza y manos las tablas de su cárcel; lloraría, suplicaría, maldeciría; intentaría, por último, llamando á la muerte, poner fin á su suplicio.

Su cuerpo apareció torcido en la caja. El sudario estaba hecho jirones. El rostro sangraba por los mil hondos surcos que se abrió con las uñas en el paroxismo de la desesperación. Tenía los dedos gastados por las yemas, bárbaramente destrozados contra las tablas del féretro, en las que se veían huellas sangrientas.

Su corazón, aunque débilmente, latía cuando la sacaron á la luz; pero todos los auxilios fueron inútiles. La mártir arrojó una espesa bocanada de sangre, y sin hablar, sin quejarse, sin abrir los ojos para contemplar por última vez el sol, cayó para no levantarse más.



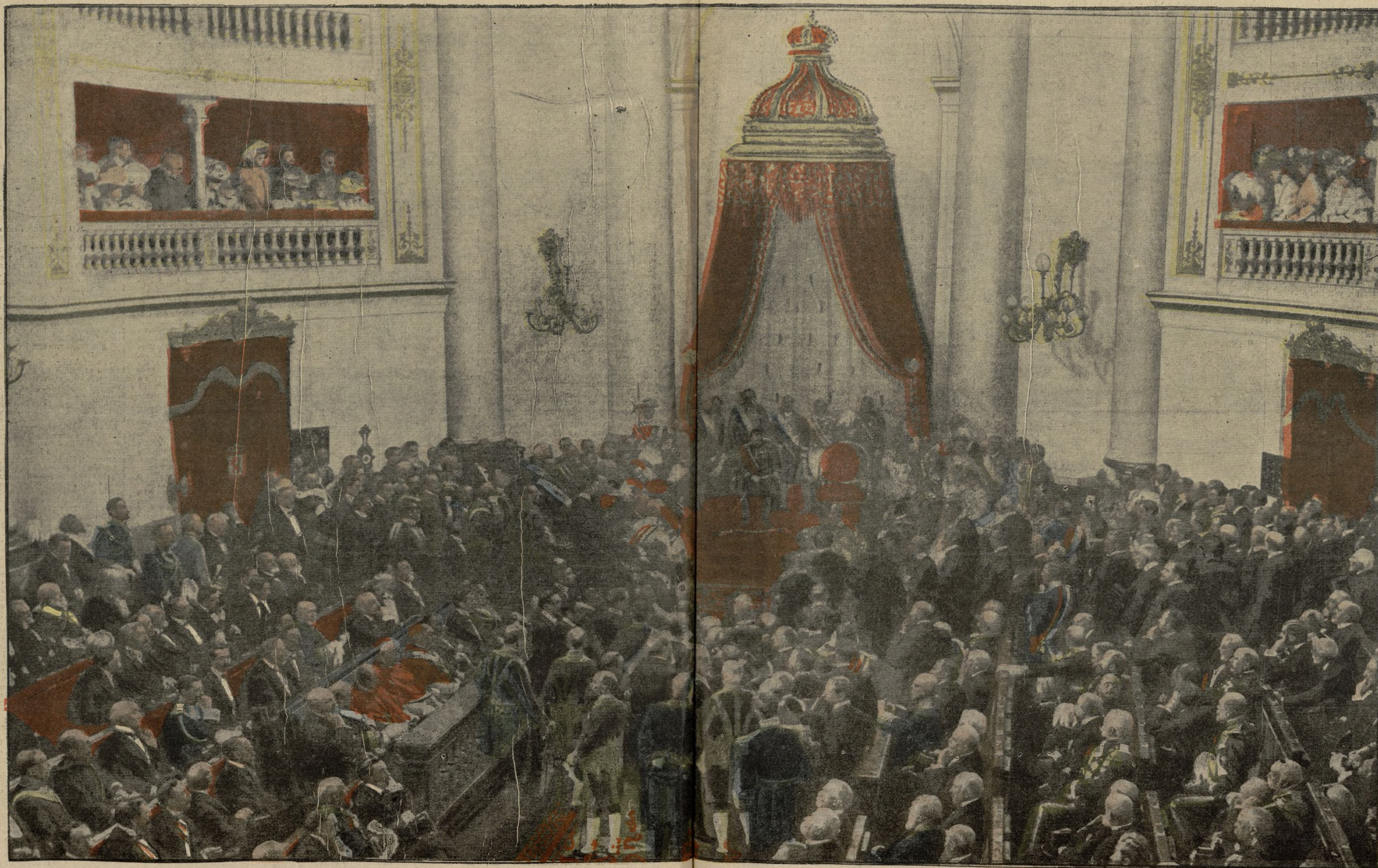
LOS RUIDOS EN EL CEMENTERIO



LA EXHUMACION



# SOLEMNE APERTURA DE LAS CÁMARAS



SS. MM. D. Alfonso XIII y doña María Cristina, y los infantes D. Carlos, doña Isabel y doña Eulalia, en el Senado.

FOTOGRAFIA ALFONSO

## Ayuntamiento de Madrid



# TRÁGICO INCENDIO EN UN ASILO

Los seres más desvalidos de la humanidad son los ancianos y los niños.

El accidente más terrible que puede amenazar nuestras vidas, es el incendio. Imaginad, pues, el horror de un fuego que estalla en la vivienda donde moran centenares de niños y centenares de ancianos. Y estos débiles viejecillos y estas tiernas criaturas, se hallan en el mayor estado de desdicha, porque no viven con sus familias, que muchos no tienen ni han conocido; porque son pobres y son inaptos para el trabajo; porque son enfermos, y habitan todos, recogidos por la caridad, en las grandes y tristes estancias de un asilo.

Este asilo está en la capital de Rusia, en San Petersburgo, y en uno de sus barrios más populosos, más miserables, donde en cada casa la vida es un eterno drama de sufrimientos, de trabajos y de hambres. Se llama el barrio de miseros obreros, el barrio de Wasi Ostroff. Infinitas aflicciones, negras desventuras, reclaman allí la piedad de las gentes buenas. Cientos de niños son abandonados al nacer ó á los pocos años de su vida, por padres que no pueden criarlos; otros tantos, compartiendo las miserias familiares, viven pereciendo de inanición y de frío. Los ancianos, agotados en la ruda labor de toda su existencia, quedan desvalidos al día siguiente de rendir el último esfuerzo de sus brazos. La caridad particular acudió al amparo de la niñez y de la senectud sin medios ni fuerzas para subsistir, y levantó el asilo del barrio.

Los protestantes son los que efectuaron tal obra, con sus cuotas voluntarias. Las salas del asilo se llenaron de niños y de viejos. Pero para los que no cabían, los protestantes tenían también sus socorros y sus consuelos. Diariamente, los pastores encargados de la benéfica institución salían al vestíbulo del asilo y repartían raciones de comida, ropas y otros efectos, á los niños de los obreros parados, á las mujeres en lactancia, á cuantos desdichados se presentaban en demanda de auxilios por un día. Así el asilo era grandemente popular en Wasi Ostroff.

\*

La noche del día 7 era una noche horrible de frío en San Petersburgo. Y como todas las noches, cuando se terminó en la portería el reparto de las raciones y de las ropas á los pobres necesitados, los directores del asilo mandaron tocar la campana que señala la hora del reposo en el establecimiento. Y todo, dentro y en la calle, quedó en silencio. Las puertas se cerraron. Se apagaron todas las luces.

El horror de un incendio es todavía más imponente cuando nos sorprende de súbito en el sueño, y nos despierta con terrible sobresalto de pesadilla, y nos paraliza con el sopor que nos nubla la inteligencia y los sentidos, y nos impide darnos cuenta exacta de la realidad. Entonces el terror es más grande, porque es más oscura la causa que lo produce. Estamos sin luz, estamos desnudos, estamos solos, todavía somnolientos cuando la voz espantada de ¡fuego! vuelve á sonar, y se escucha ya el estruendo del pánico, que nos viene de sitios donde se han apercibido antes del peligro. Así sorprendió el incendio á los viejos y á los niños del asilo.

El fuego había comenzado en las cocinas. A las once y media, uno de los empleados de guardia notó la salida del humo, al mismo tiempo que se extendía por todo el asilo un fuerte olor de made-

ra quemada. Corriendo, asustado, fué el empleado á despertar al director. Ambos se precipitaron hacia la planta baja del edificio, todo silencioso, obscuro.

tonces, rodando por la puerta, casi asfixiados. Destapada de la gran masa de humos, quedó ante ellos la inmensa hoguera en que estaban convertidas las



LA HUIDA EN LAS ESCALERAS

Sólo ellos corrían por las sombras de las escaleras y los departamentos solitarios. Llegaron ante la puerta del comedor común y la abrieron. Enormes oleadas de humo, que alentaban fuego, salieron en

cocinas. Aquel volcán era capaz de consumir en pocos instantes todo el edificio. ¿Y los viejos y los niños dormidos? Serenados de repente aquellos dos hombres, ante la austeridad del deber, subieron

presurosos á los dormitorios á dar la voz de alarma y organizar el salvamento. Las lenguas del humo les perseguían por las escaleras, por los corredores. Les alcanzaban, les precedían, en fin.

Llegaron á las salas. Los pobres viejos y los inocentes niños dormían. Pero las voces de sus guardadores les arrancaron rudamente del sueño. — ¡Despertad! ¡El asilo arde! ¡Tenéis que salvaros todos por la escalera! ¡Orden!

\*

¡Pretender de niños y de ancianos que no se asusten, cuando en medio del sueño les amenaza un incendio!... ¡Esperar que solos puedan ponerse en salvo esos cuerpos débiles y torpes, enfermos, y esas almas tímidas!... Un inmenso llanto y un horrible grito de miedo estallaron en los dormitorios hasta entonces silenciosos. Desnudos, tiritando, con las caras espantadas, de las camas se arrojaban al suelo los cuerpos sin fuerzas, y tambaleándose se encontraban, estrujándose, revolviéndose, formando una masa enloquecida por el horror, de la cual solo se desprendían, para salvarse, los más fuertes.

— ¡A la escalera! ¡A la escalera! — gritaba el director, mientras otros empleados acudían á los teléfonos en demanda de auxilios. Y pronto, á lo largo de la escalera, invadida por el humo y alumbrada por los chispazos del fuego, se desgajaba en espantosa confusión de aullidos un racimo humano, cuyos brazos, cuyas piernas se trababan y se desasían en lucha terrible, huyendo de la muerte. Mientras, en la calle, el pueblo había acudido al salvamento, á la par que la policía y los bomberos.

Invocando en su fanatismo la intervención de la divinidad en pro de los acogidos, los hombres y las mujeres se prosternaban en el suelo, besaban el pavimento, se persignaban cien veces y alzaban al cielo los brazos suplicantes. Y de vez en cuando, como ofreciéndose á las manos que se levantaban, un cuerpo de anciano ó un cuerpecillo de niño, caía á la calle desde los balcones del asilo y se estrellaba en el empedrado, encontrando en la salvación la muerte.

De pronto se oyó un ruido estruendoso; se levantó un torbellino de polvo y una humareda asfixiante lo envolvió todo. Las llamas, ahogadas un instante, recobraron su dominio y coronaron los tejados del edificio. Toda el ala del asilo, correspondiente á las cocinas, se había hundido. Entonces la multitud lanzó un grito estridente de terror, pensando en que cuantos no habían podido bajar de los pisos altos estaban perdidos sin

remedio. — ¡Salvados! ¡Salvados! — aullaba la muchedumbre.

En aquel momento el director, secundado por algunos empleados, lograba abrir una gran brecha en una pared, tras de la cual, en un inmenso dormitorio envuelto exteriormente por las llamas, se apretaban horrorizados la mayoría de los ancianos y de los niños. Lo primero que penetró por el agujero fueron las llamas, y entre ellas se precipitaron los empleados. A puñados sacaban los niños, á rastras los viejos. Y abajo, en la calle, el pueblo aplaudía entusiasmado el heroísmo de aquellos hombres valerosos.

Al día siguiente el incendio estaba extinguído. Entre el montón humeante de los escombros había siete niños y ocho ancianos carbonizados.

Y al circular por la mañana la noticia del trágico suceso, una emoción hondísima se extendió por todo San Petersburgo.



SALVANDO Á LOS NIÑOS



# CRIMEN DE UN BORRACHO

## UN CÓMICO MUERTO

Algo de historia retrospectiva.—El drama y los personajes.—El placer de matar.

YA conocen nuestros lectores el bárbaro crimen de que Mariano Revuelta, baulero, hizo víctima en la madrugada del sábado al domingo últi-

pendenciero en cuanto se tomaba dos copas, que para él todos eran feos, según la frase de los *guapos*...

La historia de la víctima no deja de ser interesante. Hace algún tiempo se dedicó a torero de los titulados *maletas*, nombre que tiene algo de fatídico en este caso, dada la industria del matador; pero fracasó en el arte de Montes, y dejándose de capeas y novilladas de mala muerte (que esa suelen llevar los toros en tales lidias), se hizo artista de bajos vuelos y dirigió la famosa «Murga madrileña», que actuó en los cafés cantantes de Naranjeros, la Marina y El Paraíso, y que tuvo cierto auge y popularidad entre los habituales parroquianos de esos establecimientos.

Tronó la comparsa atronadora en cuestión, y entonces Curros creó otra Murga del mismo género, para la cual contrató mujeres, y con ella volvió a actuar en el primero de los cafés citados, desde donde pasó al del Recreo, de Linares (Jaén), cuyo propietario, D. Frasquito Marcelo, encontró un filón en el trabajo de aquellas *socias*, que estuvieron allí varias temporadas durante tres años.

Más tarde volvió a Linares con la comparsa femenina, actuando en el café Oriental, cuyo dueño es D. Carlos Navarro. Allí estuvo bastante tiempo, y últimamente —hará cosa de unos dos meses— fue contratado, con sus artífices, para el café de

D. Federico Hierro, conocido agente de teatros y salones donde se cultiva el género ínfimo, cuando fué víctima de la brutal agresión que le arrebató la vida en lo mejor de su juventud.

La murga de mujeres que dirigía y explotaba Andrés Curros compoñase de éste y de cinco hembras, que imitaban a la perfección el tra bajo de la «gaditana» —que fué quien trajo aquí las gallinas— y de la «madrileña», ya licenciada.

Solía percibir Curros de 30 á 40 pesetas diariamente para el pago de aquella *troupe*, y él quedábase con dos «machacantes» para sí, distribuyendo el resto, por par esiguales, entre las murguistas. Era, pues, el infeliz muerto un tipo original y curioso, de lo que los franceses llaman *cabotins*, comiquillos de modestísimas pretensiones, que desempeñan un papel necesario y útil en los tablados de los cafés cantantes y en los escenarios de los teatros de última fila, especialmente, en los *cines*, tan frecuentados y concurridos hoy.

En uno de los grabados que ilustran el presente relato, aparece fidelísimamente representada la víctima de este odioso y bárbaro crimen, dirigiendo la disuelta Murga madrileña y vistiendo el traje característico de aquellos errantes hijos de la bohemia.

En otro se ve al matador de Curros al ser llevado, en compañía de un ladroncillo, desde la Casa de Cañónigos á la Cárcel Modelo.

Y a título de curiosidad hemos reproducido las navajas del matador y el muerto. Como se ve, la de éste, cerrada, es tan grande como la del criminal, labierta.

Pertenece ésta á esa especie de armas conocidas con el nombre de *cabri-*

lamentable suceso, pues va los periódicos diarios le dedicaron la atención que por su índole especial merecía.

Parece demostrado ya que Mariano



EL MATADOR



LA VÍCTIMA

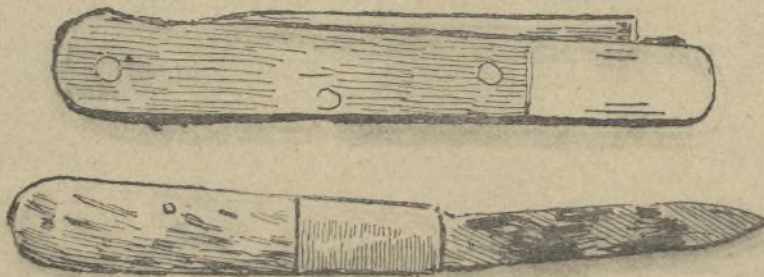
mos a D. Andrés Curros y Capua, sobrino del ilustre escritor gallego Curros Enriquez y hermano del distinguido literato D. Ricardo, autor de algunas celebradas obras dramáticas, entre las cuales recordamos *El traje misterioso* y *Cambio de almas*, estrenada ésta en los buenos tiempos del teatro Romea y escrita en colaboración con el Sr. Gullón, autor de otras muy aplaudidas.

Mariano Revuelta había sido guardia de Orden público y prestó servicio durante algunos años en las dependencias del Gobierno civil. Refiérese de él que, estando de facción en la calle, enfrente de un taller de baúles y maletas, se fijó detenidamente en las operaciones de la fabricación de esos artículos de viaje, y que fué aprendiendo poco á poco ese oficio que, por lo visto, no es muy difícil que digamos.

Dejó la plaza que desempeñaba en el referido Cuerpo y se estableció en la calle de Mesonero Romanos, núm. 19, donde instaló una baulería, dando así gusto á sus aficiones de industrial.

Según los vecinos de su casa y cuantas personas le conocían, era un borracho profesional y hombre tan agresivo y

yo dueño es D. Carlos Navarro. Allí estuvo bastante tiempo, y últimamente —hará cosa de unos dos meses— fue contratado, con sus artífices, para el café de



LAS NAVAJAS DEL MUERTO Y DEL CRIMINAL

D. José María, en Martos, pueblo de la ya citada provincia.

Regresó á Madrid, y ahora estaba en expectación de contrata, hallándose en vías de volver al establecimiento de don Carlos Navarro.

De ello iba hablando con su amigo

teras, y se hallaba en malísimo estado de conservación, faltándole una de las cachas, que son de asta de venado ó de ciervo. Cuando la vimos, á raíz del crimen, estaba literalmente empapada en sangre.

Poco hemos de decir acerca de este

Revuelta es el único responsable de la muerte violenta del pobre Curros.

Por otra parte, el crimen ejecutado por el baulero no es un asesinato como se creyó en los primeros días. Se trata, más bien, de un homicidio, pues —á lo que parece— Curros, al ser insultado por el Revuelta, se dirigió á él con objeto de rechazar sus provocaciones, y ya se disponía á hacer uso de la navaja que llevaba en un bolsillo interior de la americana, cuando su contrincante, «madrugando», como se dice entre la flor y nata de la «guapeza», le acometió, pero cara á cara, lo cual excluye la alevosía.

Pero también parece probado que el baulero había dicho: «Al primero que pase lo mato», y esto, que indica la perversión de sus instintos, exacerbada por su estado alcohólico, constituye la característica de este crimen y hace resaltar la odiosidad del atentado.

Y es que para los desalmados hay una cosa superior á la *joie de vivre*: una tendencia dominadora de su espíritu, á la que puede darse el nombre, gráfico y sugestivo, de «el placer de matar»...

Establecimiento tipográfico de EL IMPARCIAL Mesonero Romanos, 31, Madrid.

## LOS PELOTARIS



—Osito ¿quieres jugar á la pelota?



—Pues, allá va. ¡Árala, hijo mío!



—El osito, llorando: ¡Se lo diré á mi mamá!

Ayuntamiento de Madrid





LAS TRAGEDIAS DE LA LOCURA. -- A tiros en una iglesia.

Ayuntamiento de Madrid